

4.- La personalidad Narcisista

4.1 El mito de Narciso.

Según una leyenda beocia era un hermoso joven que vivía cerca del monte Helicón y del cual se había enamorado otro muchacho, Aminias.

Narciso despreciaba el amor y, disgustado con los deseos de Aminias, le envió de regalo una espada, con la orden implícita de que se diera muerte.

El amante obedeció pero antes de morir maldijo al amado; y, en efecto, al pasar junto a una fuente y ver su propia imagen reflejada sobre las aguas, Narciso se enamoró de sí mismo tan perdidamente que acabó por suicidarse ante la imposibilidad de satisfacer su pasión.

La versión de Pausanias es una clara racionalización del mito tradicional. Supone que Narciso habría tenido una hermana gemela con la que iba siempre de caza y de la que estaba enamorado. Cuando ella murió fue tanta su pena que se pasaba los días contemplándose en las aguas de un arroyo, pues la imagen borrosa de su propio rostro le recordaba el de su hermana muerta, ésta habría sido, en definitiva la causa de que la gente creyera que estaba enamorado de sí mismo.

En la historia de Ovidio se complica más la historia. Narciso, hijo del Dios-río Cefiso y de la ninfa Leiríope, fue un muchacho de extraordinaria belleza, de quien el famoso adivino Tiresias habría vaticinado un triste fin, al revelar a su madre que viviría una larga vida si no llegaba nunca a conocerse a sí mismo Narciso despertó el amor de muchos hombres y mujeres, pero no correspondió a nadie Una de sus enamoradas fue la ninfa Eco, quien, debido al castigo que le había impuesto Hera, no podía comunicar a Narciso sus sentimientos, ya que era incapaz de hablar la primera y sólo le estaba permitido repetir los últimos sonidos de lo que oía.

Cuando al fin consiguió dar a entender sus sentimientos al amado, fue rechazada. La conducta de Narciso acabó por atraer el castigo divino: el joven se enamoró de sí mismo al contemplar su imagen reflejada en las aguas y, desesperado al no poder alcanzar el objeto de su amor ni satisfacer su pasión, permaneció junto al arroyo hasta consumirse. Se decía que el cuerpo de Narciso había sido transformado en el río que llevaba su nombre y también que había dado lugar al nacimiento de la flor así llamada.

Una cuarta versión vincula a Narciso con la muerte de otra forma. Según ella, el dios de los muertos y los mundos subterráneos (Plutón-Hades) intentó raptar a Perséfone (Proserpina) caracterizada por su singular belleza, y ultima para ello el recurso de regalarle una flor de narciso que era un flor cautivante

La personalidad narcisista está centrada en sí mismo, pero no en su verdadero sí mismo, ya que el sí mismo está en el campo organismo-ambiente, en el ámbito interrelacional.

El darse cuenta sano, no es el darse cuenta del sí mismo en exclusividad, sino del sí mismo y de los otros. Los narcisistas dependen del campo, son dependientes de la actitud positiva de los demás hacia ellos, y aunque dependan de esto no están diferenciados del resto del campo, están más bien fusionados en él.

Consideran que el ambiente existe únicamente para apoyarlos y no ven a los demás como autónomos, diferentes, dignos de lo que son, como un fin en sí mismos. No consideran las necesidades de otros tan importantes como las suyas propias, a

menudo no siquiera perciben que los demás tienen necesidades, se cree que el mundo entero es él.

En los narcisistas encontramos ambición, fantasía, (delirio), de grandeza, sentimientos de inferioridad y dependencia de la admiración y el reconocimiento externo, el cual no le sirve ya que cuando lo obtiene no lo puede reconocer en él mismo. En consecuencia de todo esto son características suyas la inseguridad e insatisfacción crónicas, la explotación de los demás y la crueldad hacia otras personas.

La personalidad narcisista queda atrapada en su imagen, entre la imagen de quien imagina que es y la imagen de quien es en realidad, se identifica con la imagen idealizada de sí mismo, quedando perdida la imagen del yo que le resulta inaceptable, no quiere ver su verdadero yo.

La imagen inflada que tienen los narcisistas de sí mismos les ayuda a evitar la vergüenza que les supone sentirse vacíos e impotentes. En los narcisistas impotencia y omnipotencia existen juntas en polaridad. El narcisista impotente tiene una imagen grandiosa de sí mismo, a la que nunca puede llegar, fundamento que hace comprensible la experiencia de impotencia. Asimismo, la imagen de omnipotencia da sentido a la imagen grandiosa tan tenazmente defendida, a través de la prepotencia.

En las relaciones sociales esta polaridad de prepotencia e impotencia disfraza un egocentrismo proyectado. Carecen de lo que podemos llamar un superyó normal, que les defina y marque normas de comportamiento, sin un sentido claro de límites, tienden a exteriorizar sus impulsos sin demasiada contención, con el problema de que al no tomar en cuenta al otro pasan por encima de él.

4.2 Antecedentes

Todo tipo de narcisismo se origina por las dificultades en la relación entre padres e hijos. El niño siente que el otro (la madre en primera instancia), el objeto al que vive como una extensión, tiene los mismos deseos, intereses y expectativas que él, por esto se nombra tal situación como estado de **omnipotencia**, (narcisismo primario en análisis), no hay una necesidad de poder ya que todas las cosas están en armonía, el niño tiene el cuidado y amor que necesita para su subsistencia.

Los niños son totalmente dependientes y por lo tanto son **impotentes**, de hecho son los padres los omnipotentes con respecto al niño, porque tienen poder sobre su vida y la muerte. Hay madres a las que les disgusta que el niño de por sentado que su mamá siempre estará a su lado para satisfacerle, la idea de omnipotencia infantil sugiere una fantasía de grandeza que justifica el concepto de narcisismo primario, aun así, todo esto son imaginaciones de los padres ya que ellos son quienes proyectan su narcisismo sobre el propio niño.

“Yo soy especial, y por tanto mi hijo es especial.”

Hay padres que no proporcionaron suficientes cuidados a sus niños a nivel emocional, al no respetar su individualidad, pero a la vez intentaron seducirlo para moldearlo a la imagen que ellos tenían creada de cómo debe ser un niño, es la distorsión en sí misma la que produce el trastorno narcisista.

El sentido o conciencia del niño comienza a desarrollarse a medida que el yo se va definiendo, y esto sucede conforme crece la conciencia, la expresión y la percepción del yo como algo propio. Para desarrollar un yo seguro y completo, los niños necesitan nutrición, en forma de amor, apoyo intimidad y contacto con el cuerpo de la madre. También necesitan atención, y respeto hacia sus sentimientos, para que su sentido del yo sea sólido.

Si la nutrición es insuficiente, el niño se sentirá insatisfecho, y ese sentimiento de insatisfacción le acompañará siempre. Una madre que no nutre a su hijo lo suficiente, y considera las necesidades del niño como un obstáculo para su propia satisfacción personal, produce una profunda insatisfacción en el niño, que le acompañará el resto de su vida. El principal efecto de la falta de nutrición en el niño es que este reprime el anhelo como sentimiento, el anhelo de contacto con el cuerpo de la madre, que representa el amor, calor y seguridad.

La falta de nutrición, o de apoyo, unido al exceso de estimulación o de exigencia, aumenta el riesgo de que un niño pueda desarrollar una personalidad narcisista.

Las experiencias infantiles tempranas del narcisista se caracterizan por **una falta de contacto auténtico con los padres**. En terapia casi siempre habla de que nunca sufrió desilusiones, ni conflictos, ni decepciones, una experiencia idílica en su infancia, la cual fue magnífica y sin contratiempos, y manifiesta buena relación con los padres, especialmente con la madre, con quien tuvo una relación estrecha, y con quien ha quedado en simbiosis.

Introyectó una imagen idealizada de al menos uno de los padres, para mantener cierta sensación de familia armónica, estructurada, amorosa y ordenada. Con posterioridad, conforme avanza la terapia el narcisista toma conciencia de haberse sentido incomprendido, utilizado, privado de libertad e invisible frente a lo que realmente era.

Un aspecto importante de la niñez de un narcisista es el de no ser percibido en realidad, ni correspondido en forma adecuada, de tal forma que ni él ni el ambiente reconocieron su verdadero sí mismo, incluyendo su experiencia emocional, necesidades, habilidades y debilidades.

No se reconocieron ni se respetaron los sentimientos del niño, rara vez recibió elogios por sus logros, excepto si representaban algo en la auto estima de los padres. Lo alababan en forma desmedida cuando no había un logro real, o los logros se minimizaban y se atribuían a los padres. *En resumen, el narcisista no era tratado, en absoluto, como alguien especial.*

4.3 Creación de imagen y negación de sentimientos

El narcisista se fabrica su propia imagen, que es opuesta al yo. Lo que ama el narcisista es su imagen, no su yo real ya que tiene una “mala imagen” del sí mismo, y sus actividades no van dirigidas a su yo, sino a potenciar su imagen, y como consecuencia el yo se resiente, reniega de su ser interior a favor de la apariencia externa, **es la característica primordial del narcisista, el desplazamiento de la identidad desde el yo hasta la imagen.**

La gran imagen del yo de la que se dota el narcisista le compensa el sentido inadecuado de su propio yo, es un esfuerzo para verse mejor, pero falla en cuanto a cambiar la personalidad básica o el yo, porque en esta imagen no está el cuerpo en realidad. El yo es una función de la vida del cuerpo, no está sujeto al control consciente, todo lo que uno puede hacer es alterar la apariencia, cambiar la imagen, pero así no cambia nada. Un cambio más profundo requiere la expresión de los sentimientos negados y suprimidos, y para hacer esto, hay que liberar la tensión muscular crónica que bloquea los sentimientos, y hacer conscientes los recuerdos reprimidos que el narcisista reprimió o negó desde pequeño.

La imagen es en sí misma una negación de los sentimientos. Por medio de la identificación con esta imagen de grandiosidad, el narcisista así ignora el dolor de la

realidad interna. Pero la imagen tiene también una función externa en su relación con el mundo, es una forma de conseguir una aceptación de los demás, de seducirlos y de ganar poder sobre ellos.

El narcisista está doblemente excluido; **del sí mismo**, porque está más centrado en su auto-imagen que en quien realmente es, y en lo que realmente vivencia; y **de otras personas** debido a su excesivo egocentrismo. También está más en contacto con la imagen de otros que con la propia persona, desprecio o idealización caracterizan el “mirar” narcisista, prejuicios que le impiden ver la realidad, con lo cual nunca está en contacto real con nadie. Dirigen su líbido únicamente hacia su propia imagen (no hacia sí mismos), y ya que no pueden dirigirla hacia los demás, los narcisistas están condenados a enamorarse de su propia imagen.

El interés sexual está ligado al otro en forma de fantasía ya que las actividades motoras que se requieren para establecer una relación están bloqueadas. *“La libido apartada del mundo externo ha sido desviada hacia el ego, dando origen a un estado que podemos llamar narcisismo (Freud)”* El narcisista no se identifica con su propio cuerpo, sino que más bien está disociado de él, **el narcisismo es una forma de amor al ego, o a la imagen.**

Al vivir de, y para, la imagen, el narcisista no percibe su cuerpo, y por tanto el sentimiento que este puede albergar, el sentimiento es la percepción de un cierto movimiento o suceso corporal interno, si este es bloqueado o reprimido no existe tal suceso, con lo cual no puede reconocerse un sentimiento porque no hay nada que percibir.

Bloqueando la percepción es como el narcisista corta el acceso a la conciencia de impulsos y acciones, y por tanto de sentimientos. *La necesidad de proyectar y mantener una imagen fuerza al narcisista a bloquear el acceso a la conciencia de cualquier sentimiento que pueda entrar en conflicto con su imagen.* En las personas normales, las acciones van ligadas a los sentimientos que las motivan, sin embargo, en los narcisistas, la acción, disociada del sentimiento o impulso, está justificada por la imagen.

Todo movimiento parte desde adentro hacia afuera, desde el centro a la periferia, donde se expresa en una acción, el sentimiento interno para que se pueda manifestar como una emoción debe alcanzar la superficie del cuerpo. Cuando se inhiben los movimientos corporales, (rigidez), se va produciendo una tensión corporal crónica, que ahoga la manifestación de los sentimientos. La rigidez corporal crea una armadura en el cuerpo que restringe movimientos y respiración, disminuyendo la actividad del metabolismo y la energía disponible para que el cuerpo se exprese y sienta. El narcisista, aparentemente dotado de un cuerpo ágil y enérgico, actúa sin sentimientos, lo que significa que además de bloquear el movimiento, bloquea en la conciencia la percepción.

Los sentimientos narcisistas se muestran al exterior de dos maneras. Una mediante la rabia, otra mediante la sensiblería, esta es una aparente demostración de amor sin base, y la rabia es más una forma de intimidar a la otra persona como defensa que un sentimiento auténtico.

No se dejan llevar por los sentimientos porque lo que atemoriza de verdad a un narcisista es el miedo a perder el control, y este miedo conecta con otro miedo mayor, el miedo a la locura. Por eso no se dejan ir, ya que **para ellos perder el control es volverse loco.**

4.4 El "ser especial" y el respeto a uno mismo.

Todos los narcisistas se sienten especiales.

La visión que tienen de sí mismos está distorsionada, se pueden considerar extraordinarios, creativos, listos e inteligentes, brillantes, terriblemente enfermos, etc.... *son "los más plus"* Necesitan ser especiales, se piensan con el derecho a trato especial, con un derecho innato a algo que se puede obtener en el tiempo con trabajo, riesgo y aprendizaje. Esto se alterna con la actitud polar opuesta de no tener derecho a nada. Son manipuladores y explotadores, y pese a esto muchas veces se sienten víctimas, no comprendidos o poco reconocidos como los seres superiores que son, estrellas, genios...

Carecen de empatía, no terminan de creerse lo que le pasa al otro, sobre todo si es emocional, no pueden ver la vida como la ve otra persona, de hecho, la otra persona, simplemente no es relevante, excepto como una extensión de sus propias necesidades y fantasías. Esta característica, la incapacidad para reaccionar con empatía a las necesidades y sentimientos de otros, es parte del diagnóstico de la personalidad narcisista.

Ya vimos en los antecedentes que la historia de los narcisistas es que han sido utilizados al servicio de las necesidades de los padres, sin ser considerados como personas individuales con sus verdaderas necesidades valoradas. En consecuencia, el modelo de los padres carece de verdadera empatía. Incluso los logros de un narcisista se usan para mayor gloria de los padres. El sí mismo de un niño narcisista es tratado simplemente como si no estuviera allí. En estas familias los choques con los padres son tales, que niños que después se convierten en narcisistas protegen su verdadero sí mismo viviendo subjetivamente de imágenes, especialmente imágenes de grandiosidad e idealización, que les llevan posteriormente a considerarse especiales.

Esta necesidad de ser especiales les lleva a faltarse a ellos mismos al respeto. El respeto hacia el sí mismo lo obtenemos si miramos más al interior que a la propia imagen, va mucho más allá que lo superficial, o la pura apariencia, es la apreciación del yo verdadero interior, no el lugar social que uno ocupa, y esto es lo opuesto a una actitud narcisista. Una persona se respeta a sí mismo cuando sus actos están regido por principios o convicciones profundas, en lugar de por conveniencias o beneficios. Tratar de manipular o impresionar a los demás conlleva la pérdida de respeto a uno mismo, y sin este, tampoco se puede respetar a los demás. El narcisista no se respeta. *Es otra polaridad narcisista, el sentirse especial y la falta de respeto a él mismo.*

Al centrarse en su experiencia actual, especialmente de un modo grandioso, no integran su experiencia pasada como parte de un antecedente significativo. Además de no identificarse con quienes fueron, también tiende a ser despectivos con su pasado, culpando de esto a otros.

Manipularon a sus padres cuando se sintieron manipulados por ellos. Mintieron y fingieron igual que lo hacían ellos. Los sedujeron de la misma manera que sus padres a ellos, y por supuesto les perdieron el respeto y, en su intimidad, se avergüenzan de ellos. Con estas actitudes es muy difícil que el narcisista pueda querer y aceptar lo que ve, y que pueda tener un marco de referencia que le sirva para captar una referencia de cómo ser y actuar en el mundo con su propia presencia.

4.5 Omnipotencia e impotencia.

El narcisista, por un lado se siente **especial y superior**, y por otro **inseguro y avergonzado**, cuando es superior tiene miedo de que le suceda todo lo contrario, alberga un gran miedo a la humillación, porque su imagen de grandeza encubre un sentimiento interior de inadecuación. El poder es una forma de protestar contra la humillación interna que siente, es un medio de superar el sentimiento de inferioridad, es un antídoto para la impotencia sexual. Eso significa que los narcisistas sexualmente impotentes tienen un deseo de poder o luchan abiertamente por conseguirlo. Estar sometido al poder de otra persona es humillante, está claro que una persona se puede someter al dominio de otra, pero por dentro la odia profundamente, el narcisista odio en su fuero íntimo.

Ni la grandiosidad ni el vacío significa estar en contacto con la imagen clara de cómo uno es. Cada fenómeno que el narcisista vive, tiene dos direcciones, en un lado está la omnipotencia, en el otro la impotencia, el lado inflado es la grandiosidad, ser estrella, ser magnífico, que, a menudo, va acompañado de desprecio, destrucción desvalorización de otros. En el otro lado está la impotencia (si no soy magnífico, soy basura) se manifiesta con frecuencia como un niño perdido, carente, miedoso, que siente envidia, vergüenza y rabia. La grandiosidad ayuda al narcisista a evitar darse cuenta del estado de impotencia.

Cuando se siente amenazado, cuando no vive la grandiosidad, cuando hay conflicto, experimenta una herida narcisista, lo que le produce un cambio de estado total e inmediato, vivenciado como si nada fuera duradero, ni importante. Entra en un total descrédito en el que pierde la serenidad, y todo sentido de seguridad y auto-estima. Es posible que pierda la continuidad de la experiencia, pues se encierra en la más profunda oscuridad.

Al entrar en esta experiencia, alteración narcisista, experimenta una pérdida emocional globalizada, puede sentirla con grandiosidad defensiva, o con rabia súbita y global, como respuesta a la herida sufrida. Durante esta fase, no puede, no quiere enfrentar tareas, tiene una recuperación muy lenta y tiende a culpabilizar de su situación a otros, en lugar de hacerlo a sí mismo, o asumir la responsabilidad de sus propias insuficiencias.

En este estado, es insensible y capaz de justificar la irresponsabilidad, la conducta inmoral o ilegal, haciendo exigencias desmedidas. Pero estas maniobras no le impide sentir vergüenza y baja auto estima, ya que esto depende mucho de cómo le traten los demás. Sin embargo, debido a que no se apoyan asumiendo la responsabilidad de la situación, siente la herida narcisista.

Frustración, conflicto, fracaso, privación, vacío, dificultad, crítica y vergüenza, todo conduce al narcisista a la depresión y a sentirse impotente. Pierde el sentido de sí mismo, la relativa seguridad, el bienestar, la coherencia estructural y estabilidad temporal. Siente un vacío interior como si no tuviera un sí mismo, no tiene la energía para poder salir de ahí, volar, se siente deprimido, con baja auto estima y depresión, ya que no puede ver su tristeza y su soledad, y siente desesperación, falta de esperanza o fe en una evolución más allá de su crisis actual.

El narcisista sale de este estado de falta de fe a través de la **prepotencia**, esconde su vulnerabilidad mintiendo y falseando la realidad a través de su propia imagen, o bien

mediante la rabia, o bien por medio de la agresividad, inhibe la tristeza y el miedo, porque su expresión le hace sentirse vulnerable. Expresar la tristeza nos hace conscientes de lo perdido y evoca el anhelo de lo que no fue, anhelar o necesitar a alguien nos expone a la posibilidad del rechazo y de la humillación, no sentir deseo es una defensa para no ser herido.

La negación de la tristeza y el miedo le permite al narcisista proyectar una prepotente imagen de fuerza, de independencia y valor, así es como esconde su vulnerabilidad, tanto ante sí mismo, como ante los demás, sin embargo, esto es una fachada, y por tanto no tiene poder. Una imagen no tiene fuerza en sí misma, carente de la fuerza efectiva que surge de los sentimientos intensos, el narcisista busca y necesita el poder para compensar esta deficiencia.

De niños los narcisistas sufren una grave herida narcisista, un golpe a la autoestima que moldea su personalidad y deja en ella una cicatriz, tal herida, conlleva una humillación, representa en concreto la experiencia de sentirse impotente mientras la otra persona disfruta del ejercicio del poder y del control sobre uno, una única experiencia no puede formar el carácter, pero cuando se está constantemente expuesto a la humillación, el temor a esta experiencia se estructura en cuerpo y mente. Los padres a menudo usan el poder para controlar a sus hijos, con la intención de conseguir sus propios fines.

Cuando el niño es castigado por expresar su dolor los padres le están negando el derecho a expresarse, y en la mayoría de los casos el castigo (que es carencia de afecto), excede la naturaleza de la ofensa, lo que es una clara demostración de poder, hay un claro componente sádico en el castigo, ya que los niños son el objeto más fácil, y más al alcance de la mano que tienen los padres, para descargar sus frustraciones y su resentimiento.

4.6 Falsedad, seducción y manipulación.

Vista la dualidad, omnipotencia / impotencia, que encierra el narcisista, veamos cómo se la monta para poder entrar en ese **no-contacto** en el que se desenvuelve; que como dice Albert Rams, es como un sótano oscuro donde no hay nadie, y un ático allá arriba a donde nadie llega, y entre medio, en el ascensor que conduce con rapidez de uno a otro, tampoco se ve a nadie; no-contacto al que llega mediante la falsificación de la imagen, y la seducción y manipulación del otro.

Una imagen es la representación de algo, sólo la podemos comprobar en relación con la realidad que representa, cuando esta relación podemos situarla en la objetividad entonces podemos llegar a interpretar la imagen. Las circunstancias particulares de una persona, su propia historia, es un aspecto observable que lo define y caracteriza. La personalidad narcisista tiende a falsear su historia, no quiere reconocer que es uno más, ya que esto no encaja con su sentido de vulnerabilidad o inferioridad, prefiere verse otra persona, alguien superior o especial, por lo que necesita ampliar su imagen e incluir en ella orígenes y vivencias de más trascendencia.

La tendencia a mentir sin el mayor escrúpulo es típico del narcisista, en su caso, la negación subjetiva de los sentimientos y el uso de una imagen que contradice la realidad de su ser, le conducen a perder la capacidad para discernir lo que es verdadero de lo falso, de tal forma, que él mismo está convencido de su propio engaño. Se identifica con su imagen y entonces esta se convierte en su única realidad, ya que no se da cuenta de que está distorsionando o negando su verdad, se

ha identificado de tal forma con su papel que cuando lo representa para él es la única verdad.

El niño narcisista, de la misma forma que sufre experiencias de humillación que le dejan la secuela de la impotencia, atraviesa un proceso de seducción, en el cual se le hace creer que es especial, a la par que es rechazado. Tras haber vivido el rechazo y la humillación el niño es fácilmente seducido por los padres para conseguir sus fines, siendo la seducción promesas o afirmaciones falsas para conseguir que el niño haga lo que de otra forma no haría. Con esto el niño pierde el sentido de su sí mismo verdadero, desconecta de sus sentimientos profundos, ya que está roto, puesto que la seducción viene de los seres en los que confía, y es por ellos por quien se siente traicionado.

El narcisista se siente el preferido de alguna de las figuras paternas, algún progenitor ofreció una relación especial, de cercanía e intimidad, que le hace al niño sentirse especial y superior a sus hermanos ya que el progenitor le necesita especialmente a él, esto le hace crearse una imagen de grandiosidad, de ser especial, sin poder captar que esa necesidad del progenitor conlleva la seducción de ponerle al servicio de sus fines, es el cebo que le ponen los padres para moldearle según la imagen que ellos tienen de cómo debe ser un niño. La promesa no es explícita sino que está implícita en la actitud parental hacia el niño, y este la capta con toda claridad.

La identificación con el progenitor divide en dos el sí mismo del niño, por una parte, incorpora valores de la figura del progenitor en su conjunto, y desarrolla una imagen del yo que los refleje. Al mismo tiempo, se ve obligado a rechazar la parte de su yo a la que el progenitor pone objeciones, básicamente, los deseos corporales, y el deseo de ser independiente, ya que él siente que los valores parentales son superiores a los suyos propios. **Ser especial es por tanto ser superior al yo corporal**, el niño llega a creer que aquello que su progenitor rechaza de él es tan solo la parte inferior de su naturaleza. Parte inferior relacionada con instinto, naturaleza animal, sexualidad y motricidad, (esto se ve con claridad en los narcisistas de carácter psicopático, donde la parte superior del cuerpo está mucho más desarrollada que la inferior, la cual muestra signos de debilidad y falta de arraigamiento).

Entonces el niño piensa que con su mente puede trascender su parte inferior y convertirse en algo superior como padre o madre, suprime la cólera por la humillación, le decepción por el rechazo, y su tristeza y desesperación, suprime instintos sexuales, y los sentimientos que puedan aparecer, y se siente superior ya que está por encima de su cuerpo.

El trato está claro, el niño será considerado especial si se somete a los deseos de los padres. Todos los narcisistas se sienten especiales, no siendo este sentimiento algo corporal sino un constructo mental, por tanto es una cuestión de creer más que de sentir, el narcisista traduce esto disociando el ego (falso yo) del cuerpo, y situando al cuerpo en una posición inferior.

“El acercadeísmo”. Se refiere principalmente al mal uso del intelecto (es decir, uso del intelecto para evitar), y el “debeísmo”, al mal uso de la vida emocional. En la esfera de la acción, la “manipulación” constituye una actividad semejante. Al igual que con el sentir y el pensar, la acción puede constituir una evitación, la noción de evitación es la de una fobia de la vivencia y una evitación de la toma de conciencia, y no es difícil ver cuántas de nuestras acciones están dirigidas a la minimización de la incomodidad, a la evitación de los estados internos que no estamos preparados para

aceptar”.

Estas palabras de Claudio Naranjo parece que están hechas para el narcisismo imperante en nuestra sociedad. En efecto, y en función del aprendizaje como niño, el narcisista, no habla ni de sí ni de los otros, **“habla acerca de”**, proyecta su inseguridad y usa el mensaje implícito en la palabra para evitar transmitir y ocultarse. Como en realidad anestesió el sentir, cuando quiere comunicar algo así “como sentimientos”, lo transmite bajo un contenido moral de **“deberías”**, mensaje que lleva implícita la descalificación del otro, puesto que el narcisista no acepta, ni reconoce el sentimiento de los demás, le parecen...”sensiblerías” sin sentido. En su actuar usa la **manipulación** como medio para conseguir sus fines encubiertos, que no son otros que conseguir el aplauso y la admiración de los demás, que en realidad no le sirven para nada porque no se los cree, y cuanto más se puedan producir más ahondan su herida narcisista.

4.7 Su relación con los demás

El narcisista, niega su yo y se identifica con su imagen, por lo tanto ve a los otros también como una imagen, que la mayoría de las veces representa aspectos negados de sí mismo. Escinde su realidad como persona en aspectos aceptables (grandiosos) e inaceptables (terribles), y estos los proyecta sobre otras personas. El ataque a los demás proviene en parte del deseo de destruir los aspectos (horribles), que rechaza de sí mismo.

Dependemos del ambiente para poder subsistir (alimento, respeto, amor....) puede que alguna de las necesidades no esté satisfecha y pese a todo podemos mantener un sentido de coherencia con la vida, una sensación de seguridad y aprecio, y un sentimiento positivo. El narcisista depende del campo, es normal sentirse privado cuando de algo se está privado, y pese a ello mantenemos, un continuo sentido de nosotros mismos. El narcisista siente mucha vergüenza y utiliza elementos externos para lograr un sentir de seguridad, coherencia y entusiasmo por sí mismo. Todos necesitamos nutrirnos del exterior, pero no para sustituir nuestro sentido de identidad personal, el narcisista ve a lo de fuera como una extensión del sí mismo y de sus necesidades.

Los narcisistas viven en un sistema de confluencia y fantasía, donde puede llegar a valorarse, (¿¿¿), cuando sus logros alcanzan a cuadrar de alguna forma con sus fantasías. No se aceptan a sí mismos cuando algún aspecto de su experiencia no está acorde con sus fantasías sobre quienes deberían ser. Habitualmente sienten un orgullo prepotente sobre lo que pueden hacer, se trazan metas muy elevadas, a las que, obviamente, no pueden llegar, y además no se responsabilizan de ellas, y no asumen que para poder llevarlas a cabo es necesario el esfuerzo, lo que les resulta difícil. Se creen con el derecho de tener las cosas hechas, o más bien, de que las hagan otros. No asumen que la lucha es normal, no asumen que deben luchar, y no tienen un sentimiento de confianza y aprecio hacia sí mismos mientras se esfuerzan por aprender, ya que se avergüenzan al comprobar que aún no saben, y eso les resulta intolerable.

Sin la aprobación y la admiración de los demás el narcisista se desinfla porque no está conectado al yo y por lo tanto no puede alimentarse de él. Por otro lado la admiración que pueda recibir un narcisista solo hincha su ego, no le sirve de nada al Yo. Esta aceptación del yo es la que les falta a los narcisistas, han disociado su cuerpo de tal manera que han invertido su líbido en el ego y no en el cuerpo, y sin la

aceptación de este no puede existir el amor. Si una persona no se ama a sí misma no puede amar a las demás, amar es compartir el Yo con otra persona, la relación sexual es una expresión sexual cuando se comparte el Yo, pero, si no se comparte entonces es solamente una relación narcisista.

En consecuencia de lo anterior, en la relación sentimental con su pareja el narcisista paga el precio de su falta sentimientos y se lo hace pagar a ella, es un seductor que depende de una imagen para obtener la excitación, que no el deseo, sexual. La imagen de un amante irresistible, dominante y controlador le acompaña, junto con la insatisfacción permanente y la sensación de hombre impotente.

La carencia de sensibilidad hacia la compañera, la inversión exagerada en su ego, y la falta de sentimiento sexual desde el cuerpo, le lleva a no poder soportar su excitación genital imperiosa, lo que en muchos casos acaba en eyaculación precoz, o bien en un acto sexual, mas bien rápido, sin ningún contenido amoroso, y que como no produce satisfacción real tiene la necesidad de repetirlo continuamente, esto produce, por un lado la insatisfacción de la compañera, y por otro, la búsqueda continua de un placer, con una u otras mujeres, que no acaba de encontrar.

4.8 Características

Los narcisistas son **confluentes** con sus imágenes grandiosas e idealizadas, y se identifican como imperfectos al no ser como las imágenes, tienen muchas **introyecciones** acerca de lo que “debe ser” digno de ser amado y respetado. Utilizan mucho la **proyección** y la **identificación proyectiva**, proyectan su auto crítica en otros e interpretan la comunicación a través de un prisma que atribuye a otros sus propios juicios negativos, valores o emociones, y que pueden ser verdaderos, o no, en otros. Son “*más delicados que un señorito*”, cualquier palabra, gesto, sonrisa, broma, orden, observación, o expresión emocional de otra persona, significa que está siendo negativa hacia ellos o bien que ella es sí misma es imperfecta, todo son puras proyecciones. **La identificación proyectiva** es una proyección donde la persona aliena o desconoce algún aspecto de sí misma, se lo atribuye a alguien más, pero en vez de alejarse de la persona en quién proyecta ese aspecto, o ir en contra suya, se identifica con ella.

El narcisista tiene una cualidad **paranoide**. Debido a su egocentrismo, cree que lo que está ocurriendo en el ambiente es una afirmación acerca de él, es decir, lo hace suyo, lo personaliza. Cuando en el ambiente hay personas silenciosas, retraídas, negativas, agresivas, críticas o cínicas, asume que tiene que ver con él, puede que a veces esto sea cierto, pero su paranoia le hace asumir que es el centro de la atención de los demás, además de esto asume que la reacción hacia él es de rechazo, hostilidad, desprecio....

Parte de esta reacción paranoide es la **desconfianza**. Ante cualquier recepción positiva, el narcisista simplemente no cree que la retroalimentación positiva sea honesta, y de ser así, pensará que es un engaño, desde su omnipotencia mirará con desprecio, y descalificará, a la persona que le está proporcionando el reconocimiento y afecto que tanto anhela, y desconfiará pensando que el otro quiere algo de él. Esta desconfianza en la positivo se basa en parte en la creencia del narcisista de que debe apoyar las necesidades narcisistas del otro a cambio del apoyo de esta a su grandiosidad.

Ya hemos visto que tenemos dos yos en el narcisista, el yo negado y escondido, que es el yo corporal que acoge los sentimientos, y el falso yo, la imagen, que está en la

superficie, que es el que se presenta al mundo y representa la sumisión y la conformidad.

Con lo que el yo verdadero, el interior necesita rebelarse, esta ira interna nunca se puede suprimir porque es una expresión de la fuerza vital de la persona, sin embargo, debido al mecanismo de **negación**, no se expresa directamente y por eso queda reflejado en el comportamiento impulsivo del narcisista, convirtiéndose en una fuerza perversa. Esta distinción entre imagen y sentimientos, que son una atribución natural de los seres humanos, nos hace ver que sólo en la ausencia de estos puede la imagen alcanzar una posición dominante, siendo esta causa el trastorno básico de la personalidad narcisista, que es debida básicamente a la existencia del mecanismo de negación de los sentimientos. El trastorno de personalidad se produce cuando hay una distorsión entre el yo y la imagen del yo, siendo la gravedad del trastorno directamente proporcional al nivel de incongruencia.

Los narcisistas no pueden asimilar la **desilusión**, no sienten un poco de desilusión, sus expectativas están tan infladas, en forma de todo o nada, que la experiencia nunca alcanzará completamente sus expectativas. Estas son globos sonda, y un poco de desilusión rompe la película que mantiene intacta el globo narcisista. Cuando este explota, el narcisista omnipotente despreciará, desvalorizará o destruirá lo que se le hace competitivo. En momentos de impotencia mostrará su sensiblería, hambre y pérdida, a través de envidia, vergüenza y rabia. La envidia es tan destructiva como el desprecio.

La experiencia con la desilusión no la pueden asimilar. La desilusión acarrea pérdida de elementos buenos y de auto estructura. En los años evolutivos los narcisistas experimentan demasiada desilusión, o bien están tan protegidos y complacidos que tienen un sentido grandioso del sí mismo, o bien están tan marcados por la humillación que borran cualquier tipo de recuerdo o huella de la experiencia.

4.9 El narcisista en terapia

Para sanar debemos reconocer la pérdida, los límites de lo que es posible, sufrir esa pérdida y continuar. Con el paciente narcisista, la marcha de esto la debe determinar él. (Yontef)

El paciente narcisista vendrá semana tras semana a contar su película semanal. Dada la humillación, más o menos consciente que acarrea, contener esto es una adecuada actitud terapéutica, ya que el paciente obtiene la atención de una persona, para él, importante y respetada, que le escucha y atiende, comprende y responde a su experiencia, ayudándole a integrar cualquier herida, cualquier victoria.

Esto no es una pérdida de tiempo, ni una manipulación, ya que es su necesidad, y el terapeuta que no comprende esto, y se siente frustrado es que no asume su propia frustración, ni la responsabilidad inherente a su trabajo, habrá tiempo posterior, con el vínculo establecido, para poder ir elaborando.

El narcisista en terapia, igual que en su vida, exige ser el centro, que el foco esté solo en su experiencia, en su realidad. No quiere nueva información que pueda poner en entredicho sus afirmaciones. Pasa un tiempo, y es poco a poco, el ir introduciendo apreciaciones novedosas sobre su darse cuenta o sus sentimientos y, cuesta un tiempo aportar observaciones a su experiencia. Para llevar a cabo su proceso los narcisistas necesitan una relación terapéutica en la cual el terapeuta armonice durante un largo periodo de tiempo con sus necesidades para protegerlo de los sentimientos de desvalorización y vacío.

Lo primero y más importante es **la humildad y la paciencia del terapeuta**. Consiste en respetar y confiar plenamente en su realidad, aun sabiendo que básicamente lo que él va a mostrar es una imagen de sí mismo. Es importante tener una actitud que conlleve respuestas empáticas y comprensivas, más que la insistencia en un diálogo abierto, sugerencia de experimentos y actuaciones, interpretación o enseñanza del enfoque gestáltico o terapéutico. Para lograr el vínculo es necesario acompañar, verificar y acreditar la experiencia del paciente en cada momento. No hay que tratar de movilizarlo hacia un mejor darse cuenta o contacto. *Muchas intervenciones comunes y útiles los narcisistas las viven como exigencias para satisfacer las necesidades de los terapeutas, en vez de anteponer sus propias necesidades.*

La experiencia de sentirse validados en su vivencia por otro que se ocupa, es vital para el desarrollo de un sentido coherente de uno mismo, para la preocupación por el sí mismo y el otro, y la confianza en el contacto entre personas. Es importante que a los pacientes narcisistas se les permita desarrollar una relación terapéutica relativamente libre de intervenciones que consideran intrusas o que invaliden su experiencia, la terapia con el narcisista requiere de un periodo largo que enfoque su experiencia, sin una atención explícita por técnicas o intervenciones directas mas allá que lo relacionado con su propia experiencia, a menos que surjan espontáneamente del paciente. La relación se irá desarrollando de acuerdo a los sentimientos actuales, al potencial y al verdadero sí mismo del paciente.

Para los narcisistas, el control tiene la misma función que el poder, necesitan asegurarse de que no existe posibilidad alguna de que otra persona tiene poder sobre ellos. No podemos olvidar nunca en terapia su paranoia y desconfianza, siempre está presente, y en cualquier intervención donde se traspase **el límite** que se va estableciendo en la relación, el narcisista, o bien cae en desilusión, y la terapia es una mierda y no le sirve para nada, o conecta con algún introyecto que le dice que esto no debía haber sido así, y carga contra la actuación del terapeuta, o se indigna, y dedica al terapeuta su peor expresión, de cólera, cinismo o prepotencia.

El narcisista, igual que todas las personas que pasan por terapia, se sentirá agraviado y contrariado, sentirá desilusión, miedo, desilusión, herida narcisista, dolor...en determinados, (muchos conforma avanza el proceso), momentos de terapia. *Cuando esto ocurre y el paciente se siente vulnerable, el terapeuta no tiene que defender o tratar de imponer su intervención, ni disculparse por ella, ni tratar de cambiar la experiencia del paciente tal como se vivencia, hay que vivirla con él. Lo necesario es la actitud de explorar su experiencia y simplemente reconocer nuestra parte en la interacción, junto con afirmar que su experiencia es válida.*

La terapia gestalt es de apoyo y confrontación, por lo tanto en determinados momentos terapéuticos es de confrontación, aunque en momentos se pueda hacer de forma suave y empática, el poner "frente a" implica una decisión arriesgada y firme, que es lo que dota de sentido a la intervención. Esta **actitud frustradora** del terapeuta solamente puede estar fundamentada en la base del amor. Es necesario conocer a la persona para saber cómo actuar sin volver a levantar su herida narcisista, hay que acompañarle en los momentos de sufrimiento, sabiendo que es por su propio bienestar, y hay que mantenerse en el sitio viendo su afectación sin correr a consolarle, ya que esto es lo peor que podemos hacer.

En la terapia, por necesidad del proceso, irán apareciendo las exigencias del campo organismo-ambiente, la necesidad de desestructurar su imagen, la falsedad de su

propio yo, sus capacidades ciertas no manipuladoras, las emociones negadas, sus propias necesidades orgánicas y capacidades, las necesidades de otros, límites, etc.. esto significa frustración, dolor, conflicto, dificultad.

Al sentirse herido, se pone rabioso, luego sombrío y rencoroso, sin embargo, se repone rápidamente de estos incidentes, mas, necesita una rendición del terapeuta, una disculpa o un acuerdo. Tras haber compartido su afectación, aceptado e integrado con él su emoción, *el narcisista necesita que el terapeuta se disculpe, de alguna forma* con él para poder recuperarse, ya que en caso contrario queda un resquemor no manifiesto, que se va enconando poco a poco. Es decir, la gestalt no cerró, y cuando la experiencia no culmina y permanece abierta, no hay retirada, no hay satisfacción, el narcisista queda colgado como tantas veces de la valoración del otro.

Con el paso de la terapia el narcisista va reaccionando a la desilusión y a la frustración producida en terapia, nunca dejamos de tener a mano el vínculo empático, pero ahora con más peso. Con un vínculo consolidado, la empatía la usamos para el trabajo del darse cuenta y poder ir cerrando las gestalt que quedaron inconclusas. El paciente posee mayor coherencia, seguridad, y sentimientos positivos hacia él, su darse cuenta se hace más preciso y lo pone al servicio de sus necesidades orgánicas y de las de los otros, entra en contacto más con otras personas, pero no como si fueran parte suya, sino separadas de él mismo, ya que es menos dependiente del campo, y va entrando en contacto con mayor flexibilidad. Un cambio más profundo requiere la expresión de los sentimientos negados y suprimidos, y para hacer esto, hay que liberar la tensión muscular crónica que bloquea los sentimientos, y hacer conscientes los recuerdos reprimidos que el narcisista reprimió o negó desde pequeño. La imagen es en sí misma es una negación de los sentimientos. Por medio de la identificación con esta imagen de grandiosidad, el narcisista así ignora el dolor de la realidad interna.

El narcisismo cubre cinco tipos de carácter, de menor a mayor grado de narcisismo, siguiendo a **Alexander Lowen:**

Carácter Fálico-narcisista.

Es la forma menos patológica, el narcisismo es una preocupación desmedida por su imagen sexual, (en los apuntes del carácter queda reflejada esta estructura), como seguro de sí mismo, arrogante y enérgico. Su narcisismo es una demostración exagerada de confianza en sí mismo, de dignidad y de superioridad. Protegidos por la madre e identificados con el padre. En la mujer es el carácter histérico, donde se expresa el narcisismo en la tendencia a la seducción y a medir su valor en función del atractivo sexual.

Carácter narcisista.

Tiene una imagen más grandiosa que el anterior, no se cree mejor, sino el mejor, es el más atractivo, tienen necesidad de ser, y de que les consideren los más perfectos. Su imagen está en total contradicción con la realidad del yo, no sabe relacionarse con las otras personas en forma normal y está fuera del mundo de los sentimientos. Es un fantasioso sumamente fantástico.

Personalidad límite.

Esta personalidad puede, o no, mostrar los síntomas típicos del narcisismo. Unos proyectan imagen de éxito y poderío, sin embargo esta fachada se cae muy

fácilmente en función de la presión emocional, entonces aparece el niño asustado y abandonado que hay en su interior.

Los otros muestran una imagen de necesidad, se pegan a los demás y muestran su imagen más vulnerable, aquí la prepotencia está oculta porque no hay éxitos materiales en los que se puedan apoyar. Personas que caen en depresión, su diferencia con los narcisistas anteriores es que hay menos fuerza en la imagen, y una mayor contención, pese a todo mantienen la misma idea de grandiosidad, aunque se encuentra atrapada entre dos visiones contradictorias, o es totalmente genial, o es totalmente inútil.

Carácter psicopático. Una característica especial de este rasgo es la tendencia a actuar siguiendo sus impulsos, a veces de manera antisocial. Mienten, engañan sin tener remordimientos. El impulso que subyace bajo esta conducta procede de las experiencias de la infancia, que fueron tan traumáticas y tan aplastantes que el niño no pudo integrarlas en el yo que estaba desarrollando. En consecuencia, los sentimientos asociados con aquellos impulsos están más allá de su propia percepción, entonces se actúa sin sentimientos conscientes.

La actuación del psicopático es más o menos antisocial y de larga duración. Necesitan una gratificación inmediata, tienen una gran incapacidad para tolerar la frustración y contener el deseo, esta debilidad es la expresión de un deficiente yo y de su propio infantilismo, aunque no sea nada infantil su actitud manipuladora y posesiva. Son fríos, no sienten amor y albergan malas intenciones con el mundo.

Personalidad paranoide.

Cada vez más lejos de la salud nos encontramos los paranoides, pueden caer en la megalomanía, tienen tal sentido de la importancia personal que consideran que todo el mundo conspira contra ellos, puede que incluso creen que tienen poderes superiores a lo normal. Cuando ya no pueden distinguir la fantasía de la realidad no hablamos de un trastorno de personalidad, sino de un delirio paranoide. Pero aquí hablamos de neurosis no de psicosis, hablamos de ideas de grandeza extrema, una gran discrepancia entre el yo falso y el yo real, arrogancia, falta de sensibilidad hacia los demás, negación y proyección

El grado en que una persona se identifica con sus sentimientos es inversamente proporcional a su grado de narcisismo, **cuanto más narcisista menos se identifica con sus sentimientos**, tiene una mayor identificación con su imagen, con lo que está más lejano del yo corporal, junto con un mayor grado de grandiosidad. Ya hemos visto que la grandiosidad es la discrepancia entre la imagen y el yo real.

El trabajo terapéutico con cada carácter no es igual, **el narcisista puro** necesita de establecer el vínculo terapéutico en la escucha de su propia experiencia, sin demasiada intervención ni técnica dejando la confrontación para cuando el vínculo esté hecho y pueda comenzar a ir a por las emociones negadas. El terapeuta debe ser que el proceso es lento, más bien, que funciona lentamente, debe trabajarse su duda, y su impaciencia, y eso para un terapeuta narcisista es un bonito desafío. El material infantil del narcisista llega muy despacio, sus recuerdos aparecen muy espaciados, y tal vez cuando lleguen ya no sean necesarios, no obstante hay que atenderlos. Es necesario el trabajo corporal, de arraigamiento, y de romper la estructura que les mantiene rígidos, soltar la cabeza, e ir a por las tensiones que marca su propia estructura caracterológica. Es difícil entrar en contacto físico con él, requiere tiempo, aunque sea su necesidad más básica.

Con **la personalidad límite** si se necesita contacto continuo y una confrontación rápida, es un sacudirlo del sí mismo con firmeza, su presencia invita a salir a su rescate o directamente echarlo de la consulta, ya que provocan una fuerte contratransferencia. Hay que tener mucha paciencia pero hay que confrontar ya que se va a distraer en falsas conversaciones, predicciones terribles acerca del futuro y mucha emocionalidad, eso sí, teniendo cuidado al trabajar la vergüenza, que es un caballo de batalla.

Se sienten muy vacíos, es un sentimiento insoportable, tienen sentimientos muy intensos de rabia, intensas transferencias, límites muy poco claros, y se sienten, como todos los narcisistas desesperados, insatisfechos y envidiosos. Con la rabia y la venganza mantienen intacto su ego, dirigen pensamientos y conductas hacia la culpa, con lo cual no se responsabilizan, ni se serenán, y no realizan acción constructiva alguna.

Trabajar con el **psicopático** es una aventura, siempre va a ir a la contra, ya que es un rebelde, bien sea activo o pasivo en la negación del mismo. Poner el acento en el poder de los padres lleva a los hijos a la rebelión o a la sumisión. La sumisión encubre el deseo de rebelión y hostilidad interna, el niño que se somete aprende que las relaciones están regidas por el poder lo que abona el terreno para que se afane por conseguir poder en su vida de adulto, y la mejor forma de obtener poder sobre los padres es hacer algo que les molesta. Es difícil que reciba el material terapéutico ya que su desconfianza es una barrera muchas veces infranqueable, en realidad no establece vínculo y su compromiso con la terapia es muy relativo. Le gusta controlar el ritmo del trabajo y discrepa de la utilidad de cualquier propuesta, quiere el poder del terapeuta y viene a cortarle la cabeza, es un proceso largo y duro y que pone continuamente a prueba la resistencia del terapeuta. Son procesos muy difíciles de culminar porque es un carácter abandonico.

En este caso como en todos los narcisistas es imprescindible trabajar el cuerpo, establecer una sólida base de arraigamiento ya que la mitad inferior del cuerpo está muy mermada. Es básico el trabajo con la respiración, abrir el diafragma y permitir el acceso de la respiración hacia la víscera, movilizar la energía de la zona pélvica que está constreñida. En definitiva, arraigo, eje corporal, respiración, liberación de tensión en espalda, soltar el cuello y la cabeza, **soltar el control**, que es donde está todo su miedo, ya que lo que les mantiene paranoicos es su miedo a la locura.

**Dios, danos la serenidad para aceptar lo que no podemos cambiar,
la valentía para cambiar lo que si podemos,
y la sabiduría para conocer las diferencias.**

1.10 La tragedia del Narcisista. Albert Rams

Narcisismo, concepto introducido en la clínica por Havelok Ellis en 1898 para designar: "una tendencia por estar enteramente absorto en la admiración de sí mismo"

Será la escuela psicoanalítica, con Freud a la cabeza, quien desarrollará el concepto, su etiología y sus aplicaciones clínicas, aunque no será hasta bastantes años más tarde cuando se produzca el entorno social que lo constituya como tipología claramente observable. Distinguirá Freud entre un narcisismo primario inherente al desarrollo, y un narcisismo secundario o patológico, en el que la vida se convierte en un "yo-mi-me-conmigo", es decir en un "yo mimé conmigo".

A partir de los años 50, junto con el apogeo de la depresión (íntimamente ligada al narcisismo), podemos observar que empieza a aparecer un nuevo tipo de patología,

fruto de los nuevos tiempos, que ya no es ni la histeria ni la obsesión de la época freudiana. Esta nueva manera de enfermar se llamará con el tiempo "trastorno narcisista de la personalidad" (T.N.P.) y se caracterizará, según lo formula el DSM-III-R de 1987, por una pauta de grandiosidad (en fantasía o en conducta); falta de empatía; e hipersensibilidad a la evaluación de los demás.

Los psicoanalistas lacanianos, sobre todo, no aceptarán esa versión. Para ellos el narcisismo será una cuestión inherente a todos los sujetos, no un tipo particular de patología. Es más será la cuestión fundamental en la constitución del yo: "Desde este punto de vista, según el cual el yo se define por una identificación con la imagen del otro, el narcisismo (incluso el "primario") no es un estado en el que faltaría toda relación intersubjetiva, sino la interiorización de una relación".

El narcisista es alguien que se tragó sin saberlo el gran deseo de una Madre que no supo soltar el bebé que engendró para que viviera libremente en el mundo, que lo parió con la etiqueta eterna de vendido, de vendido a que me llene o me sirva a mí. El narcisista engulló el proyecto parental para uno mismo que cubriera los anhelos no satisfechos de ellos, o que repitiera el mismo juego grandilocuente, no fuera que al quebrarlo lo pusiera en cuestión. Nacido para compensar, nacido para repetir, más función que individuo.

El narcisista se identifica con ese proyecto, lo toma como propio, y constituye su identidad en torno a él. Vive instalado en una magnitud aparentemente sobredimensionada (o sobre empequeñecida) que en realidad, le distorsiona porque vive programado para ser quien no es. Vive apegado a una imagen de sí mismo que no puede soltar porque cree que soltándola se suelta a sí mismo. Y ese absoluto sea quizás una característica distintiva con respecto al neurótico, como dice Yontef: Cualquier fisura en la personalidad inflada remite inapelablemente a la personalidad desinflada. No hay río que una con su fluir las orillas, solo hay orillas. La caída es brutal, total. El paso de un aspecto a otro puede llegar a producirse de manera también brutal. El globo pierde su plasticidad y sólo puede estar o completamente hinchado o completamente deshinchado. En realidad son dos falsas sub-personalidades inestables por definición que se mantienen mutuamente, alimentando la una a la otra, como verdugo y víctima, o viceversa. Como el sádico al masoquista, o al revés.

El yo grandioso es -un monstruo que se nutre inexorablemente de convertir a los otros en objetos para el propio uso, y de una falsedad en la percepción de los logros. Exige además un alto grado de ansiedad vital, con su consecuente adicción al estrés, y un mantener la mirada continuamente hacia afuera. No hay reposo ni interioridad posible porque se corre el riesgo de acercarse demasiado a la zona en que la mentira ya no podría ser mantenida.

Cualquier falla remite totalmente al yo empequeñecido o desinflado. Es el todo o nada que ha generado el considerarse a sí mismo como un objeto de la mirada y del uso de la Madre y/o del Padre. En definitiva como un objeto que se cree sujeto y que trata a los otros como objetos.

Es como vivir en un edificio en el que uno sólo habita o el tejado o el sótano.

Es más, llega uno a convencerse de que en la propia casa no existe más que ático o sótano. Arriba hay demasiada luz, puede hacer demasiado calor. Las vistas de la ciudad son demasiado presentes y tan maravillosas que difícilmente hace uno otra cosa que contemplarlas, es decir, en realidad contemplarse uno mismo a través de la

mirada proyectada en los otros ("fíjate que ático tan impresionante tiene el vecino...").

No digamos cuando se estropea el ascensor. Los muchísimos pisos le glorifican a uno cuando el elevador automático va testificando con sus subidas lo muchísimo que uno subió. Pero se notan en las piernas y en los pulmones cuando hay que subirlos a pie. Así que el sujeto probablemente mantenga un multicontrato de mantenimiento con mil empresas de averías a la vez, para que el ascensor no falle nunca, aunque todos los ingresos económicos vayan a parar al pago de la fabulosa factura, y la vida se vaya al garete.

En el sótano, por otra parte, hay demasiada oscuridad y es frecuentemente frío. No hay nadie a quien mirar (a través de cuyos ojos ser visto, y visto, existente). La ausencia del objeto precipita en la melancolía. Falsa melancolía como falsa era la alegría. Sigue uno mareando la perdiz. Mientras tanto el narcisista consigue ir despistándose de la vida. Cree que se escaquea de los deberes, pero no menos que de los derechos. Cree uno que consigue eludir las penas verdaderas, pero no menos que los verdaderos gozos. Hay tanta energía puesta en subir y bajar de un extremo al otro que se pierde uno las estadías intermedias. Por ejemplo que también existe un, digamos, segundo piso, desde el cual las cosas se ven de otra manera.

Hay ahí un poco más luz que en el sótano, pero nada que ver con la luz deslumbrante y cegadora del ático. Los otros se ven mejor desde la oscuridad de la ciénaga, pero no son las hormiguitas que goza uno de contemplar desde la punta del rascacielos. El narcisista se obliga a descartar en la consciencia todas las vivencias que no cuadren en ese programa, y sufre por ello, sin acabar de darse cuenta de que el paraíso, si es artificial o prestado no es más que otra modalidad de infierno. Y que hay aparentes infiernos (los del narcisismo catastrófico) que funcionan como extraños paraísos límbicos ("cualquier cosa, por terrible que sea, en lugar de entrar en la vida").

El narcisismo grandioso es como Ulises raptado y retenido por la ninfa Calypso: no es que allí estuviera mal, antes al contrario, sino que ésa no era ni su patria ni su destino, y eso lo percibe quien necesariamente ha desarrollado la suficiente inteligencia para haber venido cumpliendo el programa de "chico/a maravilloso/a" o de "chico/a desastre".

Lo percibe quien lo percibe, claro Muchos otros no caerán nunca en la cuenta de ello. ¿Para qué renunciar a algo tan aparentemente maravilloso o cuanto menos tan rentable psicológicamente hablando?

Narciso, en el mito, no se enamora en realidad de sí mismo, sino de aquél a quien ve reflejado y ésa -la discriminación entre uno mismo y la imagen especular- me parece una de las grandes claves de la cuestión. Creo que el asunto fundamental es que la persona consiga poner experiencia, experiencia nutriente de ser, donde antes sólo hubo una gran nebulosa cargada de fantasmas, sean estos alabadores o matadores. El narcisista se mira la punta del dedo que señala la Luna, creyendo que ella (¡ELLA!) está allí.

Se olvida, o nunca supo, que el asunto no es lo que uno ve, sino, con qué ojos está mirando, y esa mirada del narcisista es la misma mirada del Otro/Madre que le creó a él, y que deforma el reflejo para convertirlo en un monstruo que atrapa y engulle a su verdadero sí mismo.

El tiempo que adormece la percepción de los posibles efectos dañinos de tal percepción tanto para los otros como para uno mismo. A veces el impacto que puede

abrir una brecha es poder sentir el dolor de otro a quien uno dañó, siempre que la experiencia de dolor pueda ser acompañada o, en algunos casos, auto-acompañada, desde una posición compasiva pero no indulgente. El dolor de un inocente puede llegar a conectarnos con la inocencia del niño que uno dejó en la cuneta para subirse al tren de la mirada del Otro. Pero es difícil sostener ese percatarse sin la compañía de otro (el terapeuta) capaz de sostener su deseo, de no proyectarlo y constituirlo así en un nuevo tren al que subirse; o de hacerla con todas consecuencias, a las claras y a la vista, y acompañar todo el proceso hasta el final, a la vez que está ahí como persona, que no se ausenta.

La compañía limpia, una vez más, ayuda a entrar en el país prohibido de la terrible soledad de lo desconocido, de lo no habitado del ser convertido en fobia irresistible a vivir intersubjetivamente. Otras veces el impacto que rasga el uniforme es la intensa percepción del daño autoinfligido: "Qué mal que me traté, Dios mío, y qué poco que me enteré". Pero para percibir ese maltrato hay que salirse de los propios ojos, de los ojos-gafas que mantienen el engaño.

Los ojos de un terapeuta que puede hablar con su corazón en la mano, limpio de interés en la mirada, son un regio puente. Aunque no deja de ser un camino riesgoso porque podemos repetir el juego de quedarnos pegados a los ojos del otro, a los ojos del terapeuta en este caso, si el proceso no incluye también el rescate de esa mirada interna, la recuperación de lo proyectado. Y el ego del terapeuta es un soberbio enemigo en este caso.

--- Un real enemigo---

Mejor no preguntarle a la propia mirada, porque repetirá automáticamente la misma imagen como un disco rayado siempre en el mismo lugar, a no ser que uno se quite las gafas de color con las que está mirando. Pero para eso hay que percatarse de que uno tiene una mano con la que quitarse las gafas, y para eso hay que tener experiencia de ser algo otro que el personaje que, como tal, no tiene cuerpo. Y por lo tanto tampoco mano.

Por otra parte, en el narcisista, como en el psicótico o en el toxicómano (aunque con diferencias), el padre no ejerce su función de Ley, es decir, "no hay Padre". O, en algunos casos, puede haber Madre y Padre, pero tan distantes entre sí que no dejen lugar al Hermano, a la experiencia de un igual con quien ver y vivir la vida codo a codo.

Con el toxicómano una diferencia pudiera ser que en el narcisista la sustancia es uno mismo, véase la imagen seductoramente asesina a quien vendimos nuestra alma. En el psicótico puede no haber ni siquiera imagen con la que confundirse. En cualquier caso, no hay quien le rescate a uno/a de la paradoja fusional-confusional, ni hay con quien edipar, ni dirimir la falta. Así es que el sujeto (que en realidad, recordemos, es más objeto que sujeto, va a vivir, o a creer que vive, "sin falta", es decir sin consciencia de límites y sin reconocer como propios los aspectos no triunfales como la tristeza, el hastío, el dolor, el fracaso, la rabia o la mediocridad en el Narcisismo UP.

O la vivencia de plenitud, el estado de serena satisfacción, el "ya", en el Narcisismo Down.

"Yo no soy esa que tú te~ imaginas...", decía Mari Trini en una canción de los setenta. Aunque en realidad quien está imaginando es uno mismo. Esa rotura, ese no, puede ser una buena formulación del inicio de la salida de la esclavitud que supone tener que ser siempre Top, estar siempre High, ser solamente quien siempre está "Bien, gracias". O al contrario, ser siempre quien está "Mal, ¡qué pasa!".

Pero para eso hay que deprimirse en el mejor de los casos. En el peor, claro, la muerte o el suicidio. Y en medio tener la suerte de que la enfermedad somática que uno elige como salida desesperada y alternativa a la depresión, no sea mortal, ni le deje a uno secuelas irreparables.

Y llegar a entender, a través del proceso terapéutico, que el peor tú que enuncia el verso de Mari Trini no es ni la madre, ni el padre, ni la sociedad, aunque todos ellos suponen tránsitos necesarios, sino, insistamos, uno mismo ¿Qué hacer pues como terapeuta? Arriesgando una expresión en la frontera entre lo simple y lo simplista creo que una buena orientación sería algo así como: Acompañarle cuando sube y ayudarle a entender y a vivir que está subiendo o arriba; acompañarle cuando baja, y ayudarle a entender a vivir que está bajando o abajo; y ayudarle a vivenciar y a poner en la propia consciencia que -antes, durante y después de todo ello- está y ocurre "eso".

Eso que no es ni el ser la hostia ni el ser asqueroso, ni la manía ni la depresión. Y que todo el tiempo sigue estando vivo -que es la más grande de las cosas cuando uno ha sentido de cerca la muerte, y la depresión profunda es una manera de sentirla- y siendo lo que es, en la medida en que esté ahí en lugar de ausentarse para fustigarse o para dorarse la píldora, y que esa posición, cuando la conseguimos, tiene el premio de una libertad "grande como el mar", inasequible e insospechada para quien no salió nunca de la cadena de montaje, pero que prefirió contarse el cuento de existir libre de las ataduras que atan a los mortales: único, especial, inaudito, con el currículum de un molde roto y desechado después de nacer.

Que pueda, en cada instante, llegar a preferir ser lo que realmente es -atravesando la disforia- a ser lo que se supone que debería ser, pensar, sentir o hacer. El narcisista no conoce el gozo de necesitar. Puede llegar a olerse su cara trágica que no es más que el cancerbero que guarda la puerta del camino de salida, pero muere. La fantasía de la tragedia de necesitar verdaderamente utiliza su inmensidad para inhibir cualquier acercamiento experiencial y por lo tanto real, moderado, paso a paso, y en contacto con lo obvio. Es preferible seguir siendo una mierda o una joya antes de tomar responsabilidad por lo que uno en realidad piensa, siente y hace. El goce de confirmar lo sabido le gana la partida al gozo de la sorpresa. La fuerza de la noria pesa, pero finalmente nos acostumbramos a todo. Aunque pueda uno llegar a intuir que sólo una vida con sorpresas es una vida que valga la pena vivir por decisión propia.

Y la sorpresa sólo puede venir de un tú reconocido como tal, cuya escucha y contacto le devuelve el verdadero yo a una identidad esclava de su programa inconsciente. El narcisista tampoco conoce el descanso de salirse de la misión, del esquivar, aunque sea por un momento, el plan que se perpetúa a sí mismo y que le condena a uno a dedicar la vida, a subir y bajar la montaña (otro rasca-cielos), sin interrupción, sin pausa.

Como Sísifo en el mito. Ha construido paralelamente otro sub-monstruo que le va repitiendo paralelamente al ascenso o al descenso que parar es morir, que cualquier pausa susceptible de consciencia será una inyección insoportable de angustia. Esa pobre personita usada como altar o como water se pasará la vida entre incienso y excrementos. Pero esa pobre personita no fue nunca tratada como personita. Nadie le recogió en sus accidentales salidas del uniforme. Nadie le devolvió un "existes, más allá de lo que pienses, sientas o hagas, más allá de mis ojos". A los de arriba nadie les acompañó en sus descensos; a los de abajo nadie les acompañó en sus ascensos.

Ni, quizás, viceversa. Y ninguno de los dos fue otro que el que sube y/o el que baja. Fueron una cosa en manos de alguien que, de alguna manera, también se sintió a su vez una cosa de alguien.

Recordemos aquí que en el mito Narciso (una identidad violada) es hijo de una madre también violada. El narcisista nunca escuchó un "tú" Un "tú eres tú". En su lugar una y mil veces escuchó aquello de "Tú eres yo, o un sub-yo. Existes porque me sirves.

A través de ti eludo mi falta", y va repitiendo esa cantinela en el mundo presente hacia los otros y (mucho más imperceptiblemente) hacia sí mismo. El otro objeto alimenta el ego del narcisista. Así alimenta su tragedia, y la bola de nieve es cada vez más grande, y por lo tanto más difícilmente manejable. Aunque cuando puede existir un otro-tú, la esencia, el sí mismo verdadero, la personita que murió víctima de la mirada de la Gorgona, empieza a recibir su biberón de leche. El bebé al que mató, cosificándolo, la mirada asesina del Otro, empieza a balbucear.

Cuanta ternura pueden llegar a provocar esos balbuceos en el prisionero de la cárcel de oro o de betún. Personas que se sabían cadáveres vivientes, aunque no se lo podían contar a sí mismas que pueden llegar a recuperar la vibración que llena los ojos de lágrimas. La ternura dulce pero no dulzona, tibia pero no empalagosa, reconociente de la frialdad y de la acritud, fue desde siempre un claro crisol de la vida. La vida emocional, que de tanto color desgastado y abusado se tornó gris, puede llegar a recordar la limpia luz del sol que uno fue tamizando a través de abusar de los filtros

Algo realmente hermoso que tiene este oficio, el de terapeuta, es el poder asistir a esos partos. Cuando suceden.

Albert Rams.

Clínica Gestáltica. Metáforas de viaje. La Llave Editorial 2.001 y artículo de la revista de la AETG.

4.11 CULTURA NARCISISTA

Cultura o civilización engloba un todo, normas, valores, conocimientos, actitudes, hábitos y costumbres, derecho, creencias y moral, es un todo interrelacionado que muestra y otorga una forma de concebir el mundo. Es componente básico en la conformación de la estructura social que orienta la conducta y crea el universo simbólico mediante el cual nos representamos a nosotros mismos y a los demás.

De siempre ha existido una cultura dominante que es la que impone el sistema en la acción social, y que puede llegar a distorsionar o discriminar otras culturas subyacentes, siendo una cultura que está transmitida en todas las formas de socialización, y se hace materia en su aplicación ya que es la que dota a sus miembros de carácter y personalidad. Cultura dominante que lleva implícito el poder de mando, de ejercer el dominio sobre otros, y otras culturas, a través de medios coercitivos, persuasivos o ideológicos. La ideología mantiene el control social, apoyada en una serie de valores de contenido moral, bueno/malo, relacionado con lo que debe ser, y cómo debe concretarse la acción dentro de una estructura social y un entramado relacional, ideología que crea conciencia de pertenencia y de referencia.

Con la desaparición del orden feudal en el renacimiento surgió la modernidad, que trajo una progresiva racionalización y culminó en el capitalismo industrial. Esto en la esfera del pensamiento conllevó el paso del cosmocentrismo a una visión

andropocéntrica, donde el hombre pasa a ser medida y sentido de todas las cosas, en consecuencia las creencias míticas, y los saberes filosóficos y religiosos fueron sustituidos por la ciencia. La última finalidad del espíritu religioso, (la salvación del alma) se rompe en nombre de la razón, el espíritu científico es el medio a través del que el hombre ejerce su poder, y su ideal es la correspondencia entre producción, ley social y vida personal, estableciendo los principios de universalidad, individualidad y racionalidad, constituyendo el modo de producción capitalista el eje que estructuraba la modernidad.

Este marco social derivó en la sociedad de consumo de masas. Producción en serie, trabajo en cadena, seguridad social, estado de bienestar, e incentivos para el consumo, consumo que de estar enfocado a las necesidades propias, a satisfacer las necesidades básicas, pasa a satisfacer los deseos de estatus y prestigio. El consumo se convierte en la base de diferenciación social y de interpretación simbólica, atribuyéndosele la forma de alcanzar la felicidad y la autorrealización, “las necesidades siempre fueron mediadas socialmente, hoy se vuelven externas a sus portadores, y su satisfacción se convierte en obediencia a las reglas del juego de la publicidad” (Adorno 1969, pp. 49).

La posmodernidad surge como consecuencia de los movimientos sociales de los años 60 y con la caída del muro de Berlín y los sistemas socialistas en los años 80, como una nueva forma estética de contemplar la vida en general y el arte en particular. Van surgiendo transformaciones culturales, políticas y sociales, se desarrolla la tecnología informática y se establece un mundo dominado por la economía capitalista que da origen a la globalización.

Ante la falta de creencia en los ideales colectivos, la sociedad en su conjunto opta por la vivencia inmediata del placer, el culto al cuerpo y a la moda, el hedonismo, siendo estos motivadores básicos de la conducta individual. Predomina lo virtual sobre la palabra y las relaciones sociales pierden calidad de compromiso y caen en la virtualidad. Característica fundamental de la sociedad posmoderna es el narcisismo, donde el aspecto externo adquiere importancia por su significación social y donde esta manifestación externa persigue algo más allá de lo genuino, busca manipular con el objetivo de conseguir algo veladamente. El narcisista para conseguir su finalidad de atracción y seducción opera con su propio cuerpo, haciendo uso de él para conseguir su finalidad de dominio.

La cultura narcisista, o cultura de supervivencia, conlleva que los seres humanos inviertan sus esfuerzos primariamente en la realización individual. La belleza, la juventud, la felicidad, el éxito personal, son reivindicaciones como un bien que se adquiere a través del consumo, creyendo el consumidor que habita en una sociedad libre e igualitaria, plural y democrática.

En consecuencia la construcción de la identidad deja de ser producto de las interrelaciones humanas para convertirse en producto de las interacciones mercantiles, el lenguaje simbólico producto de la interacción está medido y mediatizado por los medios de comunicación de masas y la cultura pasa a ser industria, “industria cultural” de Adorno, al servicio del bienestar económico del capital.

El ser humano busca en el consumo su fuente de estabilidad psicológica, se identifica con los valores asociados al mismo y en consecuencia necesita de mayor aprobación social, ya que entiende que la mera posesión es un rasgo de distinción, es decir,

tiende a establecer una valoración de la forma, de lo estético, más allá del valor de su contenido, de su funcionalidad.

La fascinación por la imagen, y la imitación de estereotipos creados por y para el consumo, dicta y crea la construcción simbólica de la realidad que nos vamos haciendo, en consecuencia más de la información, que de la propia realidad personal, convirtiendo la corporalidad en un bien de intercambio capitalista. Desde la pasión por la estética corporal creada por el sistema global se controla o domina el auto concepto y se adapta la autoestima individual a las necesidades del conjunto económico y de poder. La estética del cuerpo que ha pasado a ser una mercancía, es una forma de dominación del propio concepto y de la autoestima.

En nuestro sistema social actual (posmodernismo), existe un nuevo escenario social donde el proceso de globalización y los nuevos medios de comunicación favorecen un consumo que ya no está tan acorde con las necesidades individuales, la comunicación crea consumidores, y la globalidad estadísticas y bolsas financieras, mercados que se acomodan a sus necesidades productivas, no así a la propia necesidad individual.

Consumir es la referencia del sistema, su bienestar económico está basado en ello, en consecuencia postula a través de los sistemas de comunicación que consumir es el referente de la felicidad, estando inmerso en primer lugar en este concepto de felicidad el cuerpo humano, la corporalidad, a través de la que se obtiene un “estado de bienestar”, de salud, un nuevo orden moral creado al efecto, el cuerpo ha pasado de ser un campo de creatividad a un producto estético, Goffman menciona la fachada personal, como la expresividad corporal, no en el decir o en el hacer, sino en la apariencia.

Característica asimismo de la cultura narcisista es la falta de una ideología que explique y concrete el mundo. Al no quedar clara la existencia de Dios, al ser todo relativo, la felicidad está en lo social quien dice aparte de cómo hay que ser, lo que hay que hacer, y el cuerpo que hay que tener. Dado que todo es social, la sociedad tiende a obviar la posibilidad de trascendencia a un valor supremo, bien por pérdida de fe, o por falta de una creencia religiosa que nos sustente, *“hay una sospecha ante cualquier pretensión de verdad”* (Álvaro, Severiano 2002. Pp. 17), lo que conlleva una debilidad de pensamiento y una prejuicio ante cualquier argumento racional. El individuo a través de su imagen busca que los demás vean en él, y piensen de él en función del concepto social de belleza. Nos dice Martínez, A. (2004. Pp.139) que *“se ha constituido un proceso de sacralización sobre el cuerpo como valor exponencial, el cuerpo parece haber sustituido al alma como objeto de salvación”*. La conciencia narcisista está entonces más enfocada a los avatares del mercado que a su propia identidad.

En la lucha de clases el marxismo cita la conciencia de clase (proletaria), y la falsa conciencia, que es la forma de dominación. En la escuela de Frankfurt Horkheimer y Adorno denuncian el dominio de la técnica como forma de uniformización de creencias, la razón con la que pretendía la ilustración liberar al mundo de la superstición, ha conseguido el dominio totalitario del hombre, y se ha convertido en un instrumento de legitimación del orden social dominante. La falta de diálogo, la virtualidad, las apariencias, han pasado a dominar el orden social y han creado una conciencia de relatividad donde *“nada es verdad ni es mentira, todo depende del color del cristal con que se mira”*.

Para Marx el agente responsable de la socialización son los medios de producción, para Durkheim la sociedad, para Mannheim es el grupo social el responsable, y cita cómo fue la burguesía, por intereses políticos la que aceptó como verdadero aquello que podía ser sólo válido, equiparando validez con necesidad, sólo lo generalizable se consideró genuino, erradicando intereses y valores humanos de otro tipo del “conocimiento verdadero”.

Para el marxismo el concepto de necesidad es base para poder entender el capitalismo y la lucha de clases, (a cada quien según su necesidad, de cada quien según su capacidad), por otro lado para existir como seres humanos, a un ritmo saludable debemos atender a nuestras necesidades, y así lograr un equilibrio de autorregulación en el organismo. La necesidad es concepto nuclear para poder entender la colectividad humana, el sistema social, que es en definitiva quien proyecta y delimita la necesidad a sus componentes.

El concepto de necesidad en el diccionario nos dicta que es “un impulso que hace que las obren infaliblemente en cierto sentido”, otra definición igual de clarificadora dice “todo aquello a lo cual es imposible faltar, sustraerse o resistir”. Ambas mencionan un impulso movilizador en la búsqueda de la satisfacción de la necesidad. Descartes nos dejó dicho que, Dios no hace lo que hace porque ello sea necesario, pero lo que hace, crea las condiciones para que haya necesariamente lo que necesariamente hay. Si hacemos abstracción de la idea de Dios, y la modificamos por sociedad, vemos que esto es así, lo social crea las condiciones que conforman la subjetividad de las personas y esto origina necesidades a las que es muy difícil sustraerse, ya que objetivan nuestro mundo interno e interrelacional.

La propia insatisfacción del cuerpo, el deseo de “mejorar” la estética corporal lleva a una obsesión (tal vez adicción) insaciable que trae la angustia por la necesidad de cambio. En la actualidad se parte de la idea de que el cuerpo se puede modificar a medida, y de que se puede planificar sobre él un deseo estético que habitualmente coincide con un criterio externo, fundamentado en estereotipos de belleza que a veces no tienen nada que ver con la cultura de pertenencia.

Foucault al hablar de los cuerpos dóciles se refiere a aquel que puede ser sometido, que puede ser utilizado, que puede ser transformado y perfeccionado, estando inmerso en un campo político, donde las relaciones de poder que operan sobre él, le obligan a efectuar unas ceremonias y le exigen signos, siendo la “disciplina” el arte de hacer obediente al cuerpo humano. Pensemos en lo positivo que sería, como decía Rogers, que “la persona pudiera ser creadora, libre y responsable en la funcionalidad de su cuerpo”, menos susceptible al bombardeo consumista de los medios de producción, con mayor capacidad de discernimiento desde su propia subjetividad. El ser humano en la cultura narcisista está profundamente mediatizado en la aceptación de su propio ser como individuo por los medios de comunicación que, estando al servicio de una economía de mercado, dictan normas y formas de sentir y concebir el propio cuerpo.

La personalidad narcisista está centrada en sí mismo, pero no en su verdadero sí mismo, ya que los narcisistas dependen del campo, son dependientes de la actitud positiva de los demás hacia ellos, están más bien fusionados en la búsqueda del reconocimiento externo, que una vez conseguido, tampoco le sirve al narcisista para dejar de buscarlo, ya que, o no se lo atribuye, o desconfía de la intención del otro.

Consideran el ambiente propicio para sus fines, y piensan que este existe únicamente para apoyarlos, en consecuencia no ven a los demás como autónomos o diferentes, como un fin en sí mismos. No consideran las necesidades de otros tan importantes como las suyas propias, a menudo ni siquiera perciben que los demás tienen necesidades, la personalidad narcisista se cree que el mundo entero es él. Esta personalidad es así, o puede ser así, es decir, está siempre actuando en la relación con el medio bajo estas características, que causan perturbación en el ambiente, y que son egosintónicas, ya que el narcisista no se hace cargo de sus rasgos, tendencias y actitudes, o bien son actitudes usadas en circunstancias concretas, en la obtención de un beneficio.

De una u otra forma la personalidad narcisista queda atrapada en su imagen, entre la imagen de quien imagina que es y la imagen de quien es en realidad, se identifica con la imagen idealizada de sí mismo, quedando perdida la imagen del yo que le resulta inaceptable, no quiere ver su verdadero yo. Niega su yo y se identifica con su imagen, por lo tanto ve a los otros también como una imagen, que la mayoría de las veces representa aspectos negados de sí mismo. Escinde su realidad como persona en aspectos aceptables (grandiosos) e inaceptables (terribles), y estos los proyecta sobre otras personas. El ataque a los demás proviene en parte del deseo de destruir los aspectos (horribles), que rechaza de sí mismo.

Esta búsqueda social de los otros en el impulso lleva aparejada una falta de definición de la necesidad propia, la cual no se reconoce como tal sino está enfocada hacia el logro narcisista, el reconocimiento. Esto crea la dependencia del narcisista hacia el estímulo externo y su falta de concreción del yo, no tiene clara la realidad de lo que necesita, ni sabe con certeza de lo que carece, en definitiva, en la cultura narcisista las personas, en mayor o menor grado, no están demasiado atentas a lo que su corporalidad realmente requiere, viven más en función del deseo proveniente de lo externo, que ya quedó reiterado, proviene de las exigencias económicas del sistema, deseo que tiene la facultad de no colmarse en sí mismo y que vincula dependencia.

El concepto de deseo quedó muy trabajado en las lecturas de Lacan, el deseo se determina por el aforismo "El deseo es el deseo del otro", Lacan lo que nos viene a decir es que el primer modo que toma el deseo es el deseo de reconocimiento, esta es la tendencia fundamental de la actitud narcisista, donde querer no es lo mismo que desear, ya dejó dicho Lacan que *"Se quiere lo que no se desea, y se desea lo que no se quiere"*. El deseo en sí es un deseo de nada, es lo no dicho, lo que no se articuló en la demanda. En el momento de transmitir el impulso a través del lenguaje, queda un residuo sin especificar y que por no ser manifiesto no puede satisfacerse, este excedente sobre lo manifiesto, que es a la vez lo faltante en el contacto, es el deseo, lo no manifiesto en la demanda.

El deseo entonces queda en ese lugar que resulta de la diferencia entre lo que se demanda y lo que se recibe o es satisfecho. Esto impulsa a seguir demandando, a que la demanda se repita pues el deseo irá siempre más allá de esta, está sujeto a ella, y por tanto es insaciable. Del deseo poco podemos decir pues no podemos contemplarlo desde lo simbólico, si podemos contemplar los efectos del deseo, la actitud encubierta o latente, el movimiento que este deseo provoca en la persona, pero el deseo inconsciente como tal es un vacío.

Al ser el deseo un deseo del otro, podemos añadir que la personalidad narcisista siempre busca ser causa de deseo, esto quiere decir que lo que desea no es un objeto si no que desea que el otro le desee (lo que es en sí un deseo de reconocimiento, Lacan lo desarrolla como el deseo del deseo), pero como consecuencia de las propias características personales del narcisista, esto le produce una paradoja, pues piensa el narcisista, que si el otro le desea es que algo quiere, o algo le falta a este, y si hay algo que no soporta es la carencia del otro, que le pone en contacto con su propia carencia, de la cual se intenta liberar proyectándola, entonces la paradoja es que cuanto más se acerca a su deseo más se angustia.

La sociedad actual se encuentra menos estigmatizada por creencias morales o de fe que la culpabilizaron en tiempos pasados, en consecuencia el rechazo y la restricción del deseo ya no constituyen un tema central en nuestra cultura, podemos tomar esto como una característica actual de la sociedad posmoderna. *Aristóteles* afirmaba que lo que explica el movimiento es siempre el deseo, “ya que este puede mover contrariamente al razonamiento”, así el deseo es el motor que nos pone en marcha y moviliza, y que nos lleva a salir de nosotros mismos, traspasando nuestro propio límite y queriendo que “eso” (motivación publicitaria) que está fuera nos sea propio.

Podemos resumir que en esta cultura narcisista no existen los paradigmas universalmente aceptados y que existe una profunda crisis de procedimientos metodológicos y marcos teóricos, en los que poder sustentar la propia identidad, la sociedad en su conjunto, por mor de la globalización, está inmersa en un conjunto relacional dependiente de las relaciones de producción que constituyen la estructura económica de la sociedad, constituye asimismo la base social en la que se crea la realidad.

Siguiendo ideas de Marx, no es la conciencia de los seres humanos la que esté creando su propia realidad sino, más bien al contrario es la realidad social la que determina la conciencia humana, y esta realidad está mediatizada por el control económico, ya que la estructura económica constituye los cimientos de la sociedad y determina el régimen político y jurídico que regula la convivencia social, estando asimismo condicionada por esta estructura la vida intelectual en general, ciencia, arte, religión y moral.

En esta cultura narcisista existe una pérdida de sentido, Braudillard nos habla de “*simulacro*” cuando se disocia la información de la producción de sentido, ya que el sentido está asociado a la acción disuasoria y persuasiva de la información, de tal forma que la ficción se vuelve más real que la propia realidad, “el mundo hiperreal” de Braudillard, quien nos dice que los medios han logrado hacer desaparecer cualquier realidad entre ficción y realidad ya que el único acontecimiento es el propio medio, en cuyo interior se acaban todas las cosas, cierto es el gran poder persuasivo de los medios, pero hemos de entender que la verdad que todos los seres humanos se construyen aunque está en el lenguaje, como decía Hobbes “la verdad y la mentira son atributos del lenguaje”, esta verdad es el objeto del deseo, creemos lo que queremos creer, en palabras de Bacon, “la verdad que más fácilmente admite el hombre es la que desea, deseo contenido en la intencionalidad de la conciencia.

En definitiva, cuando el organismo humano llega a un determinado nivel de carencia, es decir, cuando ésta se hace muy intensa, se transforma en necesidad. Por lo tanto, podemos definir la “necesidad como una carencia sentida” que se impone en el continuo de conciencia. La carencia se transformará en necesidad dependiendo de la resistencia de cada persona, y de sus experiencias respecto a la satisfacción de la

propia necesidad. Las necesidades existen en la persona, y pueden ser modificadas por la cultura, pero no anuladas, ya que las necesidades teniendo una raíz biológica son condicionadas por el medio social.

Ya vimos que el deseo es en sí mismo insaciable, es lo no implícito en la demanda, que va más allá de la satisfacción de la necesidad, puesto que esa presencia simboliza el amor del otro. De modo que la demanda asume desde la infancia una doble función: sirve como articulación de la necesidad y como demanda de amor. A diferencia de una necesidad, que puede ser satisfecha y deja de motivar a la persona hasta que surge otra necesidad, el deseo no puede ser satisfecho, es constante en su presión y es eterno. La realización del deseo no consiste en “satisfacerlo” sino en perpetuarlo como deseo de amor.

Podemos pensar que en esta cultura narcisista donde el deseo está más al servicio del consumo, hay una pérdida del deseo de amor del otro, que ha sido suplantado por una necesidad narcisista de reconocimiento, pérdida que lleva aparejada una sensación de insatisfacción, ya que esta necesidad no acaba de satisfacerse en sí misma, ni de satisfacer el deseo de amor. El amor ha motivado avances tecnológicos, descubrimientos científicos, guerras y conflictos, encuentros y desencuentros, ya que es la fuerza más grande que mueve el universo, es una profunda emoción que se manifiesta a través de nuestra intención y nuestra voluntad.

Podemos elegir con nuestro libre albedrío amar o no amar, cuando un científico trabaja su laboratorio, necesita de una fuerza creadora que le ponga en contacto con su capacidad intelectual, y esta fuerza no es otra que el amor, que es la forma más alta de inteligencia que podemos expresar, y que nos da el poder de trascender nuestros propios límites y la capacidad de entrega para poder crear, cuando un hombre o una mujer aman aceptan la totalidad del otro ser, como es, no seleccionan aquello que está bien o mal. Esta cultura narcisista insiste en decirnos cómo tenemos que ser y estar para poder ser amados, nos da pautas y crea parámetros de belleza para obtener la felicidad, limita nuestro criterio y delimita totalmente lo que es objeto de amor, y esto produce insatisfacción ya que atenta directamente contra nuestra libertad.

Cultura narcisista, cultura insatisfecha, cultura sin libertad, cultura dirigida hacia unos fines que no tienen que ver con la necesidad individual, cultura manipulada por la comunicación hacia el beneficio de unos pocos, cultura injusta en sus sistemas de legislación y ejecución de justicia, cultura del relativismo sin valores de trascendencia, cultura inmediata sin posibilidad de un goce real, cultura que absorbe todos los logros humanos en aras de su propio beneficio.

Actitudes sociales que no son nuevas, estructuras que de una u otra forma han venido ocurriendo a lo largo de la historia. Desde el señor feudal y los poderes regios, desde la moralidad implícita en el manejo de la fe por las religiones, hasta el actual capitalismo. La diferencia estriba en que en esta sociedad narcisista hay una pérdida notoria de la conciencia del sí mismo, la identidad ya nos viene estructurada en su totalidad por la propia cultura. El siervo del señor feudal le debía a este sus actos, pero no sus pensamientos, el cristiano doblegado a la culpa de su pecado tenía la esperanza de la salvación eterna, la diferencia es que el sistema social ahora ocupa todo el espacio individual, sea emocional, racional o corporal, y está en toda la sociedad en su conjunto. Al ser esta cultura narcisista una totalidad en sí misma, no hay otra esperanza que la de permanecer en ella supeditado a sus dictados, que marcan cualquier tendencia y engloban la totalidad y lo segmentado. Lo ocupa todo.

Los mitos, las creencias que combatió el modernismo en sus comienzos en aras de la razón, de la objetividad, han dado paso a los medios de comunicación y a la imagen, a la virtualidad, como apunta Régis Debray en su cuadro de las tres edades. Nos movemos por el espacio y la fe se ha convertido en opinión, la fuente de autoridad que era la revelación divina, es ahora lo más visto en internet y en las televisiones, y como tal el centro de subjetividad que era el alma ahora lo es el cuerpo, sobre el actúa el sistema en propio beneficio.